

POETAS IBEROAMERICANOS



RAÚL VALLEJO

TRABAJOS Y DESVELOS

Ecuador



Caza de Libros

Trabajos y desvelos, de Raúl Vallejo: un viaje al fondo de sí mismo

LUZ MARY GIRALDO

Con una obra que oscila entre novela, poesía y ensayo, Raúl Vallejo ofrece una honda meditación sobre ser y estar en el mundo y en el amor, y una amplia conversación con la vida, la creación, la conciencia histórica y la complejidad de la existencia. Se trata de un tejido intertextual que genera pensamiento poético, en el que sus obras dialogan entre sí al reconocer lo más íntimo de vivencias personales y familiares que fluyen a la par con personajes históricos y literarios. Esto significa que en su literatura hay una amplia gama de vasos comunicantes que definen su carácter y está dispuesta a asumir tanto la voz más íntima y personal como la más desgarrada y profunda voz ajena. Diálogo de mundos, diríamos, de vidas, de voces y de pensamientos. De sentido.

En su más reciente poemario, *Trabajos y desvelos* (2022), los epígrafes iniciales se refieren al compromiso con la poesía, como sugiere Cervantes en su *Viaje al Parnaso*: “Yo, que siempre trabajo y me desvelo por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo...”, complementándolo con la cita del “Decálogo del artista” de Gabriela Mistral, donde se afirma la belleza artísti-

ca como “vino generoso que ilumina y enciende la acción”. Mistral llama a “la belleza opio adormecedor” que apela a la integridad del hombre o de la mujer para no dejar de ser artistas. Los dos epígrafes tejen la idea de poesía y acto poético incitados por la belleza, y deben entenderse como puerta de entrada a este corpus distribuido en nueve partes (si no en diez) en las que el sujeto creador recorre el mundo y su mundo. No sobra decir, según el Tarot, que el número nueve es, entre otros, el del creador, el de la introspección, el del autoconocimiento y el de la multiplicidad.

El punto de partida y eje de las partes o estaciones que constituyen el poemario, es el viaje al fondo de sí mismo. Precisamente, en su ensayo “Acerca de la poesía”, Raúl Vallejo afirma el diálogo profundo del yo poético con la existencia, en el que se necesita aislamiento y soledad. Diálogo sostenido no sólo en el yo del poeta sino en el yo del lector que se siente implicado. Supone confrontación consigo mismo desde silencio y meditación, y requiere de un lenguaje particular que conduce a lo esencial del ser. Si bien puede ser fiesta verbal y danza de la palabra que varía de una época a otra y entre un autor y otro, es inútil y difícil definir la poesía. De manera honda y reflexiva dice, conteniendo el sentido de toda su obra creativa: “La poesía es una utopía que no ofrece nada más que la contemplación del ser humano

en el espejo de su propia finitud”. Esto significa una mirada honda a sí mismo, a los otros y a lo otro, a la otredad, a ese saber que somos prescindibles y formamos parte de un tiempo transitorio.

Cada estación de este itinerario poético de Trabajos y desvelos constituye un recorrido entre poesía y narración relacionados un universo autorreferencial e intertextual. Así cuenta sus orígenes ecuatorianos en Manta, “traído por delfín de canto libre” y no por la cigüeña, definido por el amor que es compaginación entre vid y sed y ser del otro con otro. Partícipe de la tradición de grandes autores y personajes, entre ellos Cervantes y la aventura de don Quijote que se prolonga en Melquíades y ese territorio fascinante que es Macondo, así como en los cuestionamientos de Sor Juana y todos a quienes rinde homenaje, como José Martí, Gabriela Mistral, Gustavo Adolfo Bécquer, Rubén Darío, Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Alejandra Pizarnik, Ernesto Cardenal, Vicente Huidobro, Alfonsina Storni, Miguel de Cervantes, Fiodor Dostowiski... El conjunto ofrece un caleidoscopio, o mejor, como allí mismo se afirma, un políptico, pues se trata de una mirada al universo y a la existencia desde distintos ángulos, módulos o paneles, donde cada pieza es unitaria y dinámica, pues al relacionarse unas a otras se complementan y cargan de sentido.

Las breves palabras introductorias de Ma-

ritz Cino Alvear y de Jorge Aguilar Mora son puntuales. Maritza habla de unos yoes compartidos en los que la memoria del niño se entrecruza con la del adulto “que fabula entre fronteras reales y ficcionales”. Jorge se refiere al poemario como una elegía por los dioses muertos y los hombres derrotados, en la que la primacía del lenguaje tiene la palabra como modelo para armar “el lenguaje puro, el Logos magnífico del verdadero cosmos o de la sola Verdad cósmica”. Se trata, diríase siguiendo el significado del número nueve, de un recorrido por el ciclo cumplido. Desde el fin se sugiere otro comienzo. Todo el viaje por esas modalidades del ser que nos presenta este políptico es reconstrucción y reinención de lo íntimo, lo familiar y lo colectivo, logrado, valga reiterarse, con la introspección que permite la meditación poética. Podríamos detenernos brevemente en la cada sus partes:

Autorretrato, modelo 1959, cuyo subtítulo “Artefacto sobre papel, políptico” anuncia no solo su autoafirmación en una tradición poética, sino una visión polisémica en la que se muestran múltiples caras de una misma realidad, y el punto de partida en el año de nacimiento del autor. Son cinco poemas referidos a lo esencial de la historia íntima y personal. No se trata de un universo plano o unidimensional sino, por el contrario, de un “artificio sobre papel” que en el movimiento verbal del lenguaje poético capta y determina estados, vi-

vencias y contradicciones, sino de una suerte de bitácora del yo que anticipa todo el poemario, y de un manifiesto del ser que ser autoafirma en su patria, Ecuador “paralelo cero”. De ahí que el primer poema ofrezca un situarse en el mundo estableciendo pactos y distanciamientos. Quién es, qué nexos tiene con la poesía de otros, qué desdeña, de qué realidades o formas de actuar o de pensamiento busca desprenderse, qué costumbres o modelos no le interesa seguir, qué o quiénes habitan su mundo poético, ese conocimiento y legado que le permiten afirmarse y saberse prescindible, de Manta, ligado al amor que redime y afirma, partícipe de la Arcadia de los poetas y de canto libre.

Autobiografía poética, pues, en la que el yo transmite su toma conciencia de sí mismo, de su medio, de sus ancestros, de su tiempo, de sus relaciones a través de diferentes universos, de sus vínculos y de su condición de ser en un mundo transitorio y volátil. Y si afirma la multiplicidad de yoes que lo caracterizan como “poeta sepultado en París”, “místico en su noche oscura”, “tabernero de un antro de poetas menores”, “prometeico caldero de la ironía sin método” también declara el deseo de parecerse a Cide Hamete Benengeli, ese personaje creado por Cervantes en su Don Quijote de la Mancha, antecesor de la llamada nueva novela histórica, cuya función es relativizar la historia y ponerla en crisis.



IMAGEN: DEATH TO STOCK

Ese yo poético se entronca a Baladas para Aldonza, donde el poeta se desdobra repetidamente y asume miradas, emociones y planteamientos femeninos, al explorar desde el mismo título a la amada ideal de Don Quijote y a destacados yoes de personajes reales o ficticios. Así, por ejemplo, es la voz que se autodefine en “La mujer del poeta”, y al hacerlo afirma ser su apoyo en las penurias de la vida diaria, amar sus metáforas y versos del mundo, las metonimias en su vientre y esperar siempre su regreso cuando se extravía “en su pueril bohemia”. Es la poeta Zenobia Camprubí, esposa de Juan Ramón, enferma de gravedad que se declara “carcomida / por un animal / deforme, implacable en el fondo de mi matriz, / mantengo la casa; / las cuentas en orden (...)” y conoce la fragilidad de ese poeta que no tiene posibilidad “de ser en el mundo sin su Zenobia”. Es Manuela Sánchez, Dolores Veintimilla de Galindo, Mathilde Mauté, Sara Bar Eleazar, Isabel de Saavedra, Laida Von Krélin, una mujer Tamil que replica los versos de Neruda. Voces en distintos registros, en prosa o en verso, de hondas de mujeres con identidad, cada una respectivamente osada, amada o desamada por su hombre o poeta. De manera sugestiva se sumerge en lo cotidiano de esos yoes femeninos que leen los versos del poeta y en ellos encuentran los “versos del mundo” o los propios, los sienten con el cuerpo y el deseo, con el dolor del amor o el de la ausencia, con el de la enfermedad y el del silencio. El epígrafe

de Sonia Manzano contiene sus respectivos dolores: “El que no pueda llorar/ que tire la primera lágrima, / que tiren sus ojos los que puedan/ aguantar el soplo de los filos/ y no bajar sus párpados”.

Con Ida Vitale abre el pasadizo a Otra vez la rosa otra: “Soy la rosa de la verdad del verso y soy la espina de la mentira del poeta”, epígrafe que recoge la palabra poética o toda forma creativa en la que conviven la verdad y la mentira, la rosa y la espina. En una transposición de “Arte poética” de Vicente Huidobro que abre y cierra esta sección, introduce con una fotografía de la artista colombiana Mara Sánchez González, Mara. La imagen es la de un botón de rosa que se instala en la pupila y sugiere finitud. El primer poema, referido al título de esta parte, escrito en itálicas inquiriere: “¿Cómo hacerte florecer en el poema rosa dormida?/ (...) / otra vez la rosa, otra vez, rosa otra”. Alternando poemas en prosa y en verso, sostiene el tejido con la imagen de la rosa y afirma que la poesía es “deseada y deseante”, arte blanca, rosa maldita de cuya “podredumbre emerge el arte de los poetas”, rosa blanca “de tristes espinas”, rosa de la sabiduría replegada en Sor Juana, rosa habitada por heridas y espinas en Pizarnik, rosa de pétalos ásperos que abrazó Mistral, la de la revolución germinada “sobre la tumba de Ernesto Cardenal”, la del poeta suicida, la arrancada del rosal... En todas ellas se entiende el oficio de escribir con las condiciones exigidas para hacer que el verso flo-

rezca y que, al cerrar de manera circular, reitere la poética: “Escribir un poema en la rosa, ¡oh poetas!, que la poesía florezca en la rosa escrita”.

Sonata familiar, en clave de yo, reconstruye memorias, episodios y momentos de vida familiar y del mundo doméstico. Fantasmas de la historia personal, el pasado que está ahí, que queda vivo a pesar de los adioses. El prodigioso comienzo con “La máquina de coser Singer” contiene a la vez la costura del poema, la vida como tejido de Penélope y la infancia y sus sonidos, pliegues y repliegues, roturas y remiendos. Detrás, con y en la costura, el comienzo, la ausencia, la niñez, el nacimiento a lo poético en esa madre “ardiente sustancia de la poesía”. Y el sonido del camión del padre que se ausenta, el camión de ese Ulises del pasado personal, “camión / peregrino de pueblos, gitano de circo pobre. / Itaca se borró del mapa. Telémaco, / confundido en la niebla, / ya no navega”. Somos infancia, dice de alguna manera esta sonata en clave de yo.

Si habla del yo culto en todas partes, no ajeno a ello, esta cuarta parte habla del “niño extraviado” que se refugiaba en el arco de la Singer. De los objetos de la infancia, la lluvia, el rosario, los sonidos que llevan a las soledades. Las lecturas infantiles, los modelos a aprender en los Clásicos de Ariel. Allí están el barrio, la abuela y el abuelo, la ñaña, los viajes, los vehículos, el transitar por los enigmas, las primeras aventuras, el desprendimiento del hogar, las migraciones, los “hermanos, sombras

extendidas de cuerpos ausentes”. La familia como memoria de la tierra, de la sangre y de los años de formación. Desdoblarse al fondo del comienzo.

Prohibido tomar fotos con flash, acompaña de varias fotografías de Mara Sánchez, a quien dedica este parte, une la poética visual y verbal. Alejandra Pizarnik abre la puerta con sus versos. “Tú eliges el lugar de la herida / en donde hablamos nuestro silencio. / Tú haces de mi vida / esta ceremonia demasiado pura”. Los poemas se deslizan en las pinturas y en los objetos artísticos, señalan la captura del paso del tiempo que fija la imagen, la ausencia y el silencio, la soledad y el abandono, la tempestad en los colores, la atmósfera atormentada. La dinámica es la del ojo del poema verbal al de la imagen plástica, a esa capacidad de captar el instante o el vacío, el desgarramiento o la gota a punto de caer, los lugares habitados por los objetos, el alma que cruje, en fin, la vida esencial en la voz del poeta y el color de la artista que en estas fotografías impresas en blanco y negro juega con el adentro y el afuera conjugados, la quietud y el movimiento, la sensualidad, la luz y la sombra.

Perla de ría es la séptima estación. La del agua. Canto a la vida. Los significativos epígrafes de John Steinbeck y Abel Romeo Castillo hablan de cómo cada quien lee su vida en los textos o se mece en las aguas del río, en este caso se trata de la ría de los orígenes. Se regresa a la belleza de las

aguas que son la condensación de la existencia. Homenaje a lo entrañable en el tópico clásico del agua: “nuestras vidas son los ríos”. La lluvia purifica la noche, “el rumor de ría” acompaña, la piel se humedece en el “bíblico lecho”, surge húmeda y dulce la geografía amada, la navegación compartida. Poética del agua que apela a lo femenino, Eva y el paraíso, la humedecida piel, agua-mujer, corriente que emerge desde adentro, la ría originaria, la geografía onírica, el comienzo, la “perla guayaquileña” con sus estaciones y placeres.

Mientras en esta parte se sostiene la sensualidad de la vida, lo elegíaco hace su tránsito en Trenos para honrar la vida. El ubi sunt del “Treno IX” de Aurora Estrada I Ayala, que sirve de epígrafe, convoca lo perdido. El festivo y largo poema “Sicoseo elegíaco para un poeta vivo después de su muerte”, en homenaje a Fernando Nieto Cadena, alterna con letras de salsa en reconocimiento a Willie Colón, Ray Barreto, Héctor Lavoe, Benny Moré, Johnny Pacheco, Celia Cruz, Cheo Feliciano, los boleros de Agustín Lara, la evocación de Marilyn Monroe, los ritmos y las voces, es decir la música y la vida en plenitud, en contrapunto con poetas como Ernesto Cardenal, Fayad Jamis, Ezra Pound, entrelazándose unos con otros en diversos lugares, para decir, como en el carnaval: “idos todos ia la vida / a la vida / a la mismísima vida!”. Cantado desde lo vital e hibridado en letras de música

festiva evocan la alegría de vivir. El poema como carnaval en ese tejido del texto salsero con los timbales, el güiro, las bebidas, las voces, los versos ajenos entretejidos y la vida como una fiesta a pesar de la muerte. Por otro lado, en otros poemas de diversa factura, la nostalgia de la pérdida, la ausencia de los mundos familiares, infantiles y de la alegría cotidiana, el reconocimiento del “búho de la escritura imposible”, las muertes colectivas y otros homenajes. Doloroso y sentido homenaje a “324 personas privadas de libertad” que “murieron violentamente” en 2021 en las cárceles de Ecuador, el de “A media Asta”, en el que hace señalamientos a los “corazones muertos” e insensibles. Poema de testimonio y protesta, poema de dolor.

No podían quedarse afuera poemas relacionados con la reciente peste mundial: Puerto del coronavirus. Crónicas de Guayaquil en cuarentena. MMXX, Annus horribilis. Se trata de escribir lo que se ha visto y vivido, como rezan las palabras de Jorge Velasco Mackenzie: “Escribe, pues, lo has visto, tanto lo de ahora como que pasará pronto, en todas las esquinas, (...)”. La significación del extrañamiento, del exilio o del insilio forzados, de los miedos y los espectros; de las noticias, las creencias y las censuras; de los confinados y los Nadie “en un cofre de cenizas sin dueño”. La casa como pequeña patria en la que apenas se respira, o la Casa de las “personas expulsadas

de todo paraíso; rechazadas por aquellos que llevan su misma sangre, [y] son errantes sin tierra prometida”; del anonimato, de la fosa común y de los cadáveres insepultos o multitud de cofres huérfanos. Anatomía de la angustia y la soledad, que reclama flores para las tumbas y se pregunta qué memoria quedará del encierro. El significado de esta estación que culmina el periplo retoma la fragilidad de la existencia, y su toma de conciencia precisamente en el MMXX, Annus horribilis.

Las puertas del viaje final se cierran con “Exlibris”, en el que se recoge el profundo sentido filosófico de la existencia, expresado de diversas maneras en cada una de las partes. Si asumimos ésta como parte diez del itinerario, habría que entender que este número se refiere al equilibrio y la perfección, tal como parece indicar el poema escrito sobre negro, “Oración en Rothko Chapel”, en el que se convoca al Ser desde la alteridad:

*Tú / Yo
Soy / Eres
La luz
Lo obscuro
Infinito del ser
Yo / Tú
Serás / Seré
El borde del
Tú / yo
Ser infinito.*

Bogotá Julio, 2022